

Renata Viganò (Bologna, 1900 - 1976), iniciada en la poesía desde muy pequeña, la mala situación económica familiar y la llegada del fascismo la obligaron a dejar temporalmente sus dos grandes pasiones, la medicina y la literatura, para volcarse, en calidad de correo, enlace y enfermera, a la causa partisana, una verdadera “scuola di partito” a la que llegó de la mano del que sería su compañero por el resto de su vida, Antonio Meluschi.

Su experiencia entre los partisanos, primero en la zona de Romagna y luego en el valle de Comacchio, le sirvió de materia para su obra maestra, *L’Agnese va a morire*, considerada una de las novelas más significativas de la posguerra italiana y precursora, en ciertos aspectos, del neorrealismo. Escrita en 1949, la novela le valió ese mismo año el premio Viareggio.

Aunque el mismo tema es parte ineludible de otras narraciones como *Donne nella Resistenza* (1955) o *Matrimonio in brigata* (1976), todas ellas con un importante transfondo autobiográfico, Renata Viganò sigue siendo hoy en día especialmente recordada por su *Agnese va a morire*, de la que en 1976 Giuliano Montaldo realizó una exitosa adaptación con la actriz Ingrid Thullin en el papel de Agnese.

El fragmento seleccionado se encuentra al inicio de la novela: Agnese acaba de perder a su marido, Palita, muerto en una prisión nazi a la que ha ido a parar tras la denuncia de una vecina que vio cómo escondía a un desertor, y, poco a poco, empieza a colaborar con los grupos partisanos de la zona.

***L’Agnese va a morire*, cap. IV**

Cuando en el pueblo acampaban grandes núcleos de fuerzas alemanas, los fascistas republicanos permanecían quietos, preparados para recibir órdenes, inclinados como siervos. Luego, los alemanes se marchaban hacia el frente y dejaban un modesto presidio de gente anciana, cansada, feliz por comer, beber y dormir. Entonces, los fascistas sacaban las cabezas de muerto, encendían las radios, señoreaban con prepotencia, aprovechando la ocasión para vengarse de viejos rencores y de humillaciones recientes. Aquellos individuos comprometidos sin remedio, los apaleados del 25 de julio, ciertas figuras mediocres que nunca fueron nadie, aquellos a quienes sus paisanos siempre habían considerado con desprecio, se desahogaban al subir a aquel resbaladizo puente de mando, para sentir, por una vez, el vértigo de la altura. En las relaciones habituales de la vida eran cansinos, aburridos como moscas; exigían el saludo romano, hacían ponerse en pie a la gente en la tasca durante la retransmisión de los boletines alemanes, vigilaban cada palabra, cada gesto. En las circunstancias más graves, se revelaban crueles, insensatos, aumentando la presión de la olla del odio popular, como si les diera placer verla explotar.

Iban detrás de las mujeres como animales, pero si alguna se resistía, no insistían, huían en retirada, se contentaban con aquellas más fáciles, siempre las mismas, las que prácticamente habían pasado por todos. Hacían largos discursos en la plaza, pero escapaban como conejos con cada lejano ruido de avión: escapaban al sótano de la casa del fascio, no al monte con los demás. No se fiaban de nadie, se miraban con recelo incluso entre ellos. Por la noche no podían dormir pensando en el fin de la república incierta que, tal vez, fuera también el fin de su propia vida. Pero cuando estaban juntos, bebían y estaban alegres, se consolaban con las muchachas, se consolaban con los pocos “camaradas” alemanes, los escuchaban hablar de Hitler y de sus armas secretas.

A los fascistas les gustaba poco que el invierno casi hubiera terminado, la primavera traía las ofensivas aliadas. Se apoyaban unos a otros para no creer en la apertura del famoso “segundo frente”, para no dar importancia a la recuperación del ejército ruso, para anudar los hilos dispersos en la certeza de una victoria alemana. Se pasaban las muchachas sin mucho placer, por ausencia de

novedades, de elección; y las muchachas se volvían exigentes, querían regalos, se hacían valer porque eran pocas.

Entre las más asiduas y ávidas estaban las hijas de Minghina: jóvenes más que bonitas, resistentes con esa beata fuerza de campesinas, ajenas a los trabajos del campo, felices de dominar y pendientes de llevar a casa lo máximo posible para tranquilizar a la madre, quien se contentaba solo con la ganancia. El padre, en cambio, no estaba muy contento, pero tenía a tres mujeres en contra; le hacían callar, no lo tenían en consideración. Acabó por acostumbrarse porque en casa había bastante vino que le gustaba, se comía mejor, podía trabajar un poco menos, podía dormir a la sombra por la tarde, ahora que había llegado la primavera. Tenían también radio, una de esas confiscadas a quien escuchaba la voz de Londres. La tenían encendida todo el día; sobre la era retumbaban los gritos histéricos de Graziani, caían las notas de Giovinezza, las galantes cancioncillas de variedades. Augusto se encontró un día, sentado en el pajar mientras fumaba de la pipa llena de buen tabaco, canturreando Lili Marlene.

Los campesinos de las demás casas aisladas, dispersas por el campo, pasaban por la era para ir al pueblo; alguna vez se detenían a escuchar la música. Entonces Minghina subía el volumen del aparato y decía: "Poneos cómodos si queréis escuchar mejor". Pero ellos contestaban que tenían prisa, daban las gracias y se marchaban. Ninguno de los vecinos quería volver a entrar más en esa casa y, si iban, era por necesidad; se apresuraban desde la puerta, como si el pavimento les quemara los pies. "Envidia todo", dijo un día Minghina a Agnese, pero ella respondió: "Es por aquel asunto con los alemanes y los fascistas. Quizás la gente tenga miedo de que sepan si hay algún otro soldado desertor suelto por los alrededores y mantienen las distancias". Por primera vez sugería la sospecha de una delación hecha por las chicas en perjuicio de Palita. Minghina se puso pálida, prefirió fingir que no entendía. Dijo: "Mis hijas van allí a trabajar. Han sido ellos quienes las han llamado. Cuando ellos mandan, sabéis que no se puede decir que no". "A mí también me han llamado y he dicho que no", dijo Agnese. "Cállate, que es mejor". Le dio la espalda, se sintió, al mismo tiempo, contenta y arrepentida de aquel discurso. Siempre tenía miedo de equivocarse. Pensaba: "si lo supieran los compañeros, tal vez me dirían que he hecho mal". Entonces se acordó del rostro blanco, aterrado de Minghina; concluyó: "En cambio, sé que he hecho bien".

No lavaba más la colada por no trabajar para los alemanes y los fascistas. Poco después de la noticia de la muerte de Palita, la mandó llamar el secretario del fascio. Necesitaban a una lavandera para la ropa de los alemanes. Ella dijo que estaba enferma, que no podía hacer ningún esfuerzo. Se quedó en casa, no volvió más al lavadero. También aquella vez tuvo miedo de haberse equivocado, pero después llegaron los compañeros, le dijeron que había hecho bien. Por la noche soñó con Palita. Sonreía y decía: "Faltaría más que trabajaras para los alemanes".

Desde que supo que había muerto, soñaba con Palita casi todas las noches, siempre el mismo sueño, como una presencia viva. Él entraba, se sentaba a los pies de la cama, Agnese le pedía consejo, ayuda para las tareas difíciles que quería llevar a cabo. Palita era optimista: "Quédate tranquila -respondía-, no pasará nada. Os salvaréis todos, tú y los compañeros". Sobre él, decía que estaba contento, estaba en un lugar muy bonito, no necesitaba nada. Ella se despertaba consolada, con una confianza obstinada. No tenía dudas ni escrúpulos religiosos: creía poco en Dios, no iba nunca a la iglesia. Aquellos sueños tibios de vejez no le inspiraban ninguna turbación o llamada a otra vida, una vida de los muertos, sobrenatural, más allá de la tierra. Era solamente Palita, mudado para siempre a un lugar distante, que venía a visitarla y no podía de otro modo sino en sueños; pero humano, cercano, el Palita de siempre, de sus tantos años pasados con él, sin ardor, con un bien pacífico, profundo, activo, un bien también de madre.

A los compañeros no les decía nada por una especie de frío pudor, pero todos sus actos llegaron a ser precisos, medidos. Su contribución a la lucha clandestina tomó el carácter de un trabajo constante, ejecutado con simplicidad, con disciplina, como si estuviera desprovisto de peligro. Temía solamente no hacer bastante, no conseguir comprender y equivocarse en perjuicio de los otros. Se ponía contenta cuando le decían "muy bien", como si fuera una colegiala a la que felicitan.

Los compañeros, de inmediato, se habían preocupado por esconder al hijo de Cencio; debía descansar, recuperar la salud. En casa no podía estar, tenía un miedo atroz a los alemanes. Aunque solo hubiera hablado con escasas personas, y tan solo la primera noche, en el orgasmo del retorno; la noticia de la muerte de Palita se extendió familia a familia. En los pueblos pequeños hay una radio que funciona permanentemente, radio-pueblo: se sabe todo de todos y la fuente de informa-

ción permanece oscura y secreta. Se difundió, así, una extraña piedad por la viuda; extraña porque ella no la buscaba, al contrario, se mostraba sin aspavientos ni lágrimas; siempre había estado sola, sin amigos, más bien arisca y huraña. Hubo quien organizó una colecta y fue de casa en casa. La suma recogida la tuvo en su recaudo el sacristán y él se la llevó a Agnese. Lo vio llegar un día que nevaba con fuerza y todo el valle era blanco y gris, con el cielo bajo sobre los árboles. Dijo: “¿Con este tiempo, Alfonso? ¿Qué quieres?”. Él sacudía la nieve de los zapatos, en la puerta. Era un viejo encorvado, delgado, con un perfil aguileño. “Hemos recogido este dinero-respondió- para honrar la memoria del pobre Palita. Todo el pueblo ha participado. No es mucho, pero de buen corazón”. Le tendió el paquete, después retiró inmediatamente la mano. “Tal vez podría servir para hacer unas misas”. “Déjalo aquí”, dijo Agnese, “y agradéceselo a todos aquellos que se han acordado de mí. De las misas no os encarguéis. Pensaré en algo”. Metió el envoltorio del dinero en el bolsillo del delantal y ofreció de beber al anciano. Cuando él le entregó el vaso vacío, ella dijo: “Bueno pues”, como queriendo decir que la charla había terminado. Alfonso permaneció allí todavía un poco, pero en silencio; no sabía qué más podía decir, casi lamentaba haber aceptado aquel encargo. Agnese estaba delante de él, ancha, pesada, con la gruesa cara inmóvil, parecía esperar pacientemente a que se fuera. “Me despido”, dijo el viejo de repente y se marchó; las botas se hundieron en la nieve. “Gracias también a usted” dijo Agnese. “Y tenga por seguro que Palita ha sufrido el infierno con los alemanes antes de morir. No necesita misas”.

Con aquel dinero compró lana de oveja. Se puso a tejer calcetines para los partisanos cuando estaba sola, por la noche, cerca del fuego.

El joven con la cara de niño que Agnese conocía con el nombre de Tarzán no había vuelto nunca más. Le dijeron que había muerto, torturado por los alemanes, pero que no había dicho ni una palabra. Otro había llegado en su lugar, un hombre más bien grueso, con un rostro alegre, que parecía siempre de buen humor incluso cuando hablaba de arrestos y fusilamientos. Fue a casa de Agnese para encontrarse con Toni y Mingúcc, dos viejos compañeros de Palita, y con él había otro delgado, demacrado, con los ojos claros. Parecía el más débil, como si de un momento a otro tuviera que permanecer en cama debido a una larga enfermedad; pero, era, en cambio, incansable, resistente, duro como el acero. Se organizaban estas reuniones cuando la era estaba desierta: las muchachas estaban en el pueblo, Augusto y Minghina metidos en casa. Se sentaban todos en torno a la mesa como si jugaran a la brisca, de hecho, tenían frente a ellos las cartas y el vaso lleno. Hablaban mucho, sin parar. Agnese no conseguía seguir sus parlamentos. Se sentaba aparte, con la calceta en la mano, y si entendía algo, una frase que consideraba comprensible, después la meditaba un buen rato, sabiendo todo el tiempo que ellos se ocupaban de cosas que para ella resultaban oscuras.

Participó una vez en el plan de traer un radiotransmisor. Sabía qué era y para qué servía. Creyó que era su obligación advertirles. Dijo, toda colorada por el esfuerzo de intervenir en la conversación: “Aquí cerca viven personas poco fiables...”; acto seguido, le faltaron las palabras porque todos se habían girado a mirarla. Toni y Mingúcc dijeron que era verdad, que hacía falta pensárselo; pero el compañero alegre declaró inmediatamente: “Yo me encargo” y el flaco rompió a reír. Agnese se tranquilizó, pero esperaba su habitual sueño para obtener el consejo en que tanto confiaba. Sin embargo, durante aquella noche y las siguientes vio a un Palita confuso e inexpresivo, o bien durmió un pesado sueño negro, oscuro y desierto. De todas maneras esperó, intentando no preocuparse, y una mañana temprano Toni llegó en bicicleta y le llevó una caja atornillada que fue inmediatamente escondida en un trastero de la pared, detrás del armario. Le anunció también la visita de los compañeros para esa misma noche y cuando ella puntualizó que no sabía si las muchachas iban a ausentarse, rio lento y dijo: “No tengas miedo. De eso nos ocupamos nosotros...”.

Por la noche, el compañero grueso le mostró un maletín de abogado: “Aquí dentro está el documento que persuadirá a tu amiga Minghina”. Todos estaban muy felices: parecía que hubieran preparado una broma agradable. Él sacó de la bolsa un revólver, lo puso en el bolsillo de la chaqueta, mostró a Agnese lo que tenía que hacer y ella salió a la era y llamó bajo la ventana de Minghina: “Augusto, abrid. Aquí hay un fugado que os necesita”. Tardaron un rato en responder, se comprendía que hablaban entre ellos, después se adivinaron las pantuflas de Minghina que se acercaba, el ruido del candado, el caer de la tranca. La puerta apenas se entreabrió, mostrando un resquicio en el que apareció un rostro asustado. “Perdone si la molesto, señora”, dijo cortésmente el hombre

grueso. “Solo quería preguntar si tiene una habitación para alquilarme. Deseo traer aquí a mi familia”. Minghina abrió un poco más la puerta, puso un pie entre medias, empujó e hizo retroceder aquella cara pálida con su alegre sonrisa. Le bastó aquel instante para entrar y cerrar la puerta tras de sí.

Agnese volvió a su cocina, donde permanecían los otros; el corazón le latía con fuerza. Se serenó al ver que los tres estaban muy tranquilos. Bebían vino, fumaban y jugaban a las cartas. Pasó un tiempo que a ella le pareció larguísimo y no eran más que unos pocos minutos. El compañero grueso regresó, sonreía más que nunca: “Allí están, temblando de miedo, tus vecinos”, dijo. “Les he mostrado la pistola y les he dicho que si se les escapa una palabra sobre lo que pueda suceder aquí o fuera de aquí, van directamente a abonar los campos”. “¿Y las hijas?”, preguntó Agnese. “Son las que van siempre con los fascistas”. El hombre grueso se sentó, dijo que quería jugar una partida, esperó a que se repartieran las cartas y miró las suyas; entonces respondió: “Ellas también estaban. Están muertas de miedo, aún estarán intentando recuperarse”.

Las horas pasaban, era una velada extraña, nadie habló de política ni de partisanos, parecía una vigilia familiar, organizada en torno a una partida de cartas. Agnese hacía punto con la gata en el regazo, y pensaba en tantas noches así pasadas, antes de la guerra. Palita se sentaba en el lugar del compañero flaco y estaban los mismos Toni y Mingúcc, y un tercer amigo, un canalla que ahora trabajaba al servicio de los alemanes. Tampoco entonces hablaban de política, bebían y jugaban hasta tarde con grandes risotadas y golpes en la mesa.

Hacia medianoche se adivinaron unos pasos fuera, alguien llamó, tocando apenas la puerta con los dedos. De repente, todos interrumpieron la partida; y Agnese, que se estaba adormeciendo dulcemente y resbalaba en la opaca felicidad del sueño, despertó con el ruido de las sillas y fue de nuevo condenada a la realidad. “Es el técnico”, dijo Toni cerrando la puerta.

Entró uno, menudo, joven, con el mono de mecánico. Llevaba también una caja de madera bajo el brazo. Entraron todos en el dormitorio. Agnese preguntó “¿tengo que hacer algo?”. Le contestaron que no y permaneció sentada en una esquina, escuchando las voces cautas, el discreto arrastrar de los pasos. Reconoció el ruido del armario al ser movido, entendió, por el crujir de la madera, que los compañeros desatornillaban la caja. Escuchó, entonces, que se abría la ventana y el roce de un cuerpo entre las ramas del gran árbol trasero de la casa. También las voces más quedas, porque uno de ellos hablaba desde el exterior. “Seguro-pensó Agnese- que ha trepado por el cerezo”. El otro estaba asomado a la ventana. Y se escuchaban unos sonidos metálicos y suaves golpes de martillo; un trabajo asiduo, preciso. Así siguió durante un rato y, de vez en cuando, uno de los compañeros hablaba con el mismo tono bajo y breve. En un momento determinado todos callaron y permanecieron quietos; la habitación parecía desierta. Una voz dijo “Está listo”, con una cierta solemnidad. A Agnese le habría gustado estar allí para verlo, pero no le habían dicho que entrara y no se atrevía, casi como si la casa no fuera suya. En el silencio se adivinó el sonido de la radio y la luz eléctrica perdió intensidad. La misma voz que había dicho “está listo” volvió a hablar clara, despegada. Repetía siempre una frase que a Agnese le pareció carente de significado: “Aquí, la barca está en medio del río, aquí, la barca está en medio del río”, se detenía un momento y luego volvía de nuevo. De repente, otra voz retumbó en la habitación, como si fuera la de alguien liberado de una mordaza, gorda, extranjera, enseguida reducida a normal por quien regulaba el volumen del aparato. También esa voz decía: “La barca está en medio del río”. Y empezó el diálogo.

Agnese no seguía las palabras, que hasta se oían distintas. Pensaba en las dos voces que se respondían, la del partisano italiano y la del soldado aliado: se encontraban, se ponían de acuerdo para continuar y combatir una guerra así de difícil, extraña y misteriosa, una guerra de topos escondidos bajo tierra o de lobos dispersos en la montaña; aquellas voces atravesaban la noche, muchos kilómetros de aire, tanto cielo sin caminos; pasaban adelante y atrás, sobre las armas de los alemanes.

Poco después el diálogo había terminado. La última en hablar fue la voz de la habitación, neta: “Aquí, la barca está en medio del río”, después se apagó con un pequeño chasquido al desconectarla de la toma. Agnese volvió a tejer; los compañeros aún trabajaron por un tiempo, finalmente cerraron la ventana; también el que había subido al árbol había vuelto a entrar. Regresaron a la cocina, hablaban todos a la vez, estaban contentos. El hombre grueso y alegre, tocó el hombro de Agnese: “Todo está bien. Puedes ir a la cama. Nosotros esperamos un poco y después nos vamos”. Pero Agnese ya no tenía sueño y permaneció con ellos. Se fueron apenas empezó a clarear, Toni el

primero, en bicicleta, con la caja del radiotransmisor; los otros a pie, en direcciones diferentes campo a través. El aparato receptor se lo dejaron a Agnese; le explicaron qué tenía que hacer para que funcionara; le aconsejaron que escuchara las noticias, Radio Roma y Radio Londres. “Te hará compañía”, dijo el hombre alegre. “Pero, cuidado, que ambas dicen muchas mentiras”.

Apenas se hizo de día, Minghina y sus hijas salieron a la era, con las caras estropeadas de quien no ha dormido. Iban de aquí para allá con sus quehaceres, miraban la puerta de Agnese, tenían ganas de hablar con ella y desahogarse por el terror pasado la noche anterior; por el miedo de toda la noche. Pero Agnese salió para dar de comer a las gallinas y al cerdo y no les hizo caso. Le dijeron: “Buenos días”, no tuvieron coraje para añadir nada más. Ni siquiera se atrevían a encender la radio. Fue Agnese quien se lo dijo, en las primeras horas de la tarde, con una petición que parecía una orden. De pronto, la potente voz se precipitó por las ventanas, invadió la casa y la era, contó que en Italia “en la Italia nueva de Mussolini, vigilada y defendida por los fieles aliados alemanes, existían rebeldes, asesinos y delincuentes que se cubrían de delitos, derramando la sangre de los héroes”. Agnese estuvo escuchando un poco, después cerró la puerta y las ventanas, giró el interruptor de su aparato y se encontró con los mismos gritos, con los mismos odiados nombres. Entonces escupió en el suelo y cambió de frecuencia para consolarse, de alguna manera, con la voz extranjera.

Traducción de Sara Garrote Gutiérrez

